

1) PASTORAL

Antonio Bravo, *Seguir a Cristo. De la vocación a las vocaciones* (Salamanca: Sígueme 2009) 158 pp.

Son ya varias las obras relacionadas con la temática vocacional que ha escrito el que fuera director general de la Asociación de sacerdotes del Prado y delegado episcopal de Caritas Española, entre otras responsabilidades de servicio a la Iglesia. En esta última aborda el tema preocupante de la falta de vocaciones específicas al ministerio ordenado en los últimos tiempos. No se contenta con hacer un análisis de esa carencia en la Iglesia, que lo lleva a cabo en las primeras páginas de la Introducción (pp. 9-10), sino que afronta esa situación haciendo una lectura en positivo de la estructura antropológica del ser humano desde la llamada de Dios. Ya en las páginas iniciales de la Introducción, basándose en la propuesta de Juan Pablo II (cf. *Pastores dabo vobis*, 37), deja constancia de su aportación para afrontar esta situación: “la respuesta pastoral ante la crisis de vocaciones, por tanto, ha de encaminarse de manera prioritaria a reconstruir la mentalidad cristiana” (p. 11). Servir a este intento de recuperar la mentalidad cristiana es a lo que dedica su esfuerzo.

Dos son los modelos antropológicos de nuestro mundo que están dificultado la existencia de vocaciones en la Iglesia: los autistas y los de corte jurídico. Los primeros son aquellos que se centran prioritariamente en el “yo” individual y autónomo y los segundos los que atiende a la persona sólo como un sujeto de derechos y obligaciones. Tanto unos como los otros se oponen frontalmente a la dinámica de la vocación cristiana, tal como se entiende desde la fe bíblica, bien porque acentúan la autosuficiencia humana, creyéndose en posesión de los medios necesarios para lograr su autorrealización, o bien porque frenan y obstaculizan la lógica de la vocación

del amor, oponiéndose a la gratuidad y trascendencia que implica la llamada de Dios.

La vocación cristiana, por el contrario, es llamada de Dios para entrar en una relación personal y amorosa desde la apertura no sólo a Él sino también a los demás y al mundo. Desde ahí, el centrarse en uno mismo de modo exclusivo o el estar pendiente de sus deberes y obligaciones para cumplir con ellos escrupulosamente supone un obstáculo en la dinámica relacional del amor, tanto a Dios como a los demás. La vocación arranca de la llamada de un Tú y no de las cualidades de un sujeto que quiere autorrealizarse viviendo una serie de cualidades. El encuentro entre la libertad divina del que llama y la libertad humana de quien responde es el ámbito donde surge la vocación, desarrollándose posteriormente como comunión amorosa y donación mutua.

Teniendo en cuenta este planteamiento, el libro se desarrolla en seis capítulos que tienen un carácter progresivo desde el análisis de la vocación cristiana (capítulo 1) hasta la propuesta de una pastoral eclesial en clave vocacional (capítulo 6). En medio de ellos se valora la vocación en el marco de una comunidad (capítulo 2), entendiendo que todos los hombres han sido llamados al encuentro personal con Dios por el hecho de haber sido creados por Él, con lo que sus vidas se desarrollan en el marco de la llamada divina y su respuesta personal. Ésta es la tesis de fondo que defiende el autor a lo largo de toda la obra: toda la vida del cristiano debe ser entendida en clave vocacional, porque es llamada de Dios a un encuentro amoroso que solicita una respuesta humana en libertad. Desde ese punto inicial se entiende la propuesta del capítulo siguiente por la que cada creyente es llamado a la santidad, como modo de respuesta a la iniciativa divina que concede su gracia al hombre para que pueda responderle (“santidad objetiva” y “santidad subjetiva”). Aquí se desarrolla el planteamiento tradicional de la antropología cristiana que subyace a toda vocación humana según la cual la primacía de la gracia divina prima sobre la iniciativa humana, a la vez que hace posible su respuesta. En esta óptica se sitúan los dos capítulos siguientes, indicando también algunas condiciones para la respuesta vocacional humana: la fragilidad, la prontitud de la fe, ponerse en camino de manera incondicional, la respuesta de amor, el caminar en el Espíritu y en la comunión eclesial.

Así se llega al último capítulo en que se hace explícita la propuesta de acción pastoral en clave vocacional. Con el trasfondo que venimos comentando, el fin propuesto es sencillo: considerar toda la vida cristiana como experiencia de encuentro personal con Dios,

encuentro de libertades y de donación gratuitas. Eso requiere una acción pastoral centrada en hacer posible ese objetivo, que es prioritario si se quiere hacer frente no sólo al déficit vocacional sacerdotal apuntado al comienzo sino también a la comprensión de la vida cristiana desde el seguimiento de Cristo. La propuesta pastoral no puede ser de otra manera más que centrada en la persona de Jesús. El encuentro con Cristo es el fin de cualquier acción pastoral, y el origen de cualquier vocación particular. Promover ese encuentro con Él es lo que puede operar la reconstrucción de la mentalidad cristiana propuesta como salida a ese déficit vocacional por el que atraviesa la comunidad eclesial.

Para que ello sea posible será necesario configurar la comunidad eclesial como una escuela de oración. La acción pastoral, consecuentemente, tiene que promover iniciativas orantes de encuentro personal y comunitario con la Palabra de Dios orientadas a lograr una experiencia personal de fe por parte del creyente. La práctica de la "lectio divina", o la educación para la lectura creyente de la realidad, la formación en la dinámica del misterio eucarístico o el acompañamiento espiritual son medios que pueden ayudar a la consecución de tal fin. El servicio a los pobres es presentado, para finalizar, como un medio privilegiado de seguimiento de Jesús, marcando además la vía para que surjan vocaciones específicas. "Una comunidad abierta al servicio de los pobres es, sin duda, terreno abonado para las vocaciones", concluye el autor en la p. 155. La acción a favor de los más necesitados viene a completar el itinerario de la existencia cristiana que tiene en la oración el otro pulmón con el que respirar.

Francisco José Andrades Ledo

2) HISTORIA

Francisco Martín Hernández, *Iniciación a la Historia de la Iglesia*, I: *Edad Antigua y Edad Media*; II: *Edad Moderna y Edad Contemporánea* (Salamanca: Sígueme 2008) 398 + 495 pp.

Por su misterio, antigüedad y diversidad, la Historia de la Iglesia da mucho de sí, y no dejan de aparecer visiones renovadas, actualizadas, novedosas. El autor de la que presentamos es desde hace ya años profesor jubilado de la Universidad Pontificia de Salamanca y su obra conocida por sus muchos exalumnos y de los historiadores de la Iglesia.

Sospecho que ha sido su condición de jubilado –que no de parado– lo que le ha facilitado revisar y poner al día su antiguo texto *La Iglesia en la Historia*, I-II, aparecida en el ya lejano 1985. Ese título, como el de *Iniciación* que abre esta nueva edición refleja que no quiere ser una Historia de la Iglesia acabada ni cerrada; el autor no pretende cerrar fronteras (dimensiones y perspectivas) de ninguna clase, sino agavillar en una lectura clara y pedagógica los grandes hitos (por otro lado ya conocidos) de la Historia del Cristianismo (con especial referencia a la catolicidad) en sus 20 siglos de existencia. Se trata, por tanto, de una síntesis bien tejida que panorámicamente nos muestra el vivir de la Iglesia en su Historia y nos acerca a su comprensión.

Repartida en dos grandes bloques (con 2 en cada uno de ellos), el primero (de casi 400 pp.) arranca desde los orígenes apostólicos hasta desembocar en la Edad Media abriéndose en su final al pre-renacimiento y a la Edad Moderna, o de las grandes transformaciones y sus traumas (uno de los más dolorosos el de las divisiones del s. XVI). Entre ambas fronteras el autor recoge, en esa visión panorámica ya aludida, los hechos más significativos (sin olvidar la impor-

tantísima cotidianidad...) del discurrir de la Iglesia en los “mundos” por los que ha transitado.

Un estupendo e imprescindible Índice onomástico (en ambos volúmenes) facilita encontrar rápidamente nombres de personas y de conceptos sobresalientes. Al final de ambos vols. se ofrece, también, un elenco bibliográfico suficientemente amplio para contrastar lo expuesto y conocer más sobre ello. El 2º vol. (de casi 500 pp.) sigue la pauta empleada en el 1º, dedicando casi 300 pp. a la Edad Moderna, en detrimento –nos parece– de la amplísima, por complicada y polifacética, época Contemporánea.

De fácil lectura, bien hilvanado, sintético, hay que agradecer al recordado profesor y estimado amigo su esfuerzo, el modo de tratar algunos temas, la serenidad con que discurre a través de las luces y las sombras de la larga Historia de la Iglesia, las oportunas consideraciones, advertencias y consejos para una lectura “comprensiva” de todos esos avatares, los cuales no dejan de ser “salvíficos” a pesar de todo.

José Barrado, OP.

Domingo Ramos-Lissón, *Compendio de la historia de la Iglesia Antigua* (Pamplona: Eunsa 2009) 484 pp.

El A. de este *Compendio* es ya bien conocido del público hispanoparlante. Su larga trayectoria investigadora y académica ha dado como resultado un buen número de interesantes obras especialmente sobre Patrística, Concilios de la antigüedad, Historia de la Iglesia en general y sobre temas más particulares.

El objetivo de este trabajo es el de facilitar una síntesis o visión general sobre los primeros siete siglos de la vida e historia de la Iglesia, sobre el periodo que convencionalmente suele aceptarse como edad Antigua. Se trata de un instrumento de consulta tanto para estudiantes de Teología que se preparan al sacerdocio como para todos los que deseen acercarse al conocimiento eclesial y eclesiástico de esos siglos, época mezclada de luces y sombras, como es propio de una Institución, que aunque divina, no deja de ser al mismo tiempo humana. Nos parece bastante pedagógico que el A. comience preguntándose por el ser y naturaleza de la Iglesia (cf. p. 21ss) antes de exponer su misión y el cómo lo ha hecho a través de los siglos. La ignorancia sobre la realidad teándrica de la Iglesia es

muchas veces causa de prejuicios, de apreciaciones y conclusiones erróneas y antihistóricas, sin querer decir con ello que la Historia de la Iglesia deba abstraerse a la crítica histórica.

Esta obra se reparte en 25 breves caps., dedicando el II (31-51) a los orígenes de la Iglesia, basados históricamente en la persona de Jesús y en los demás hechos que recoge el NT. La plenitud de los tiempos, de la que habla san Pablo (Gal 4,4) coincidió con el esplendor del imperio Romano el cual marcó como ningún otro en la Antigüedad el presente bañado entonces por el Mediterráneo y el futuro del mundo entero. Roma fue la calzada que abrió el mundo al cristianismo (cf. III, 53-62). Pero la buena Noticia chocó frontalmente con lo que estaba establecido política, cultural y religiosamente y puso a prueba durante más de tres siglos la fe de los primeros cristianos (IV-V, 63-99). Sin embargo, la Iglesia apostólica y martirial supo dar tan buena razón de su fe que al final el Imperio se cristianizó y el cristianismo, en buena medida, se constantinizó, tema que se desarrollará después en los caps. XII-XIII, 195-228, dedicado casi exclusivamente a la todavía controvertida figura del emperador Constantino y su política religiosa (197ss). Exculpar totalmente a los obispos del privilegio de la *episcopalis audientia* (204, 208) ¿no será demasiado?, y los excesivos privilegios generales al cristianismo y los particulares al clero ¿influirían algo en la reacción de Juliano el Apóstata? ¿Cómo interpretar algunas reacciones del emperador Teodosio respecto a los arrianos (cf. 221) y la tensión con el obispo Ambrosio de Milán respecto a los judíos? (p. 222). La Historia no es nunca tan monocolor como solemos presentarla. Es cierto que no podemos abstraernos del tiempo y de las circunstancias, pero no lo es menos que en aquel entonces el Evangelio seguía ofreciendo pautas, algunas de cuyas interpretaciones y puesta en práctica dejaban que desear. Esa actitud puede entenderse si reparamos que ya desde sus comienzos la Iglesia se vio zarandeada desde dentro como desde fuera de ella; el cap. VI, 101-120 está dedicado, en parte, a las controversias teoideológicas propias de los ss. II-III, (especialmente agnosticismo, montanismo, etc.) barruntos de los grandes temas cristológicos y de los famosos Concilios (ss. IV-VII) que asentarán la doctrina ortodoxa y de la que saldrá el Credo, la Carta Magna de la fe cristiana (cf. caps. XV-XX, 253-328).

El grano de mostaza, que comenzó siendo la Iglesia, se desarrolló y expandió tanto que desde Jerusalén –el centro– llegó prácticamente a todos los puntos del Imperio Romano (cap. VII, 121-133). Aquella macrocomunidad que abarcaba tantos pueblos, razas y culturas se fue organizando lentamente desde las iglesias locales (cap.

XXI, 327-349). Tanta variedad y tan variopinta estuvo, sin embargo, presidida por la unidad en lo esencial. Las autoridades (magisterios y magisterio irán poco a poco estableciéndose y clarificándose; sobre el primado de Pedro-Roma, cf. cap. VIII, 139-144; XXI, 336-342.

Prácticamente, el A. no deja sin tocar ningún tema “estrella” de los clásicos y ya conocidos. De los sacramentos, fuentes de vida cristiana, y de su preparación para recibirlos (Bautismo, Eucaristía, Penitencia, Matrimonio) se habla en las pp. 153-162 y en todo el cap. XXIII, 367-398. Aunque, también, brevemente, (estamos ante un *Compendio...*) se dedica parte del cap. VIII, 145-151, y todo el XI, 177-193 al apasionante tema del seguimiento radical a Jesucristo (vírgenes, ascetas) y al Monacato oriental, ocupándose del occidental en el cap. XXIV, 399-425.

Como ya es sabido estas síntesis tiene sus ventajas sin olvidar sus graves inconvenientes. Sintetizar siete siglos de la vida e historia de una institución universal, como la Iglesia, requiere un arte, que sólo quien haya hecho durante decenios un paciente análisis puede ofrecer una síntesis, ¿pero entenderán todos ésta sin ése? Queda la posibilidad, contando con ganas y tiempo, de echar mano de la abundante Bibliografía (particular al final del cada capítulo) y general (al final del libro).

José Barrado, OP.

José Barrado Barquilla, Vicente Méndez Hernán, José Antonio Ramos Rubio, *Historia y Arte del monasterio de dominicas de Santa Isabel y San Miguel de Trujillo (siglos XV-XX)* (Salamanca: Editorial San Esteban (Monumenta Histórica Iberoamericana de la Orden de Predicadores, vol. XXXV) 2008) 24 x 17, 271 pp., con ilustraciones y DVD.

Las monjas dominicas de Trujillo, afincadas en la patria chica de Francisco Pizarro desde mediados del siglo XV, han clausurado el VIII Centenario de la fundación de la rama femenina de la Orden dominicana (1206-2006) con esta historia de su ser y quehacer en la bella ciudad trujillana.

El libro, homenaje a la historia de las monjas que ocuparon el cenobio dominicano durante esos siglos y a las que ahora lo habitan, se abre con varios “testimonios” de personas que han querido cola-

borar con la obra. Ésta está articulada por cuatro capítulos en los que se recogen los testimonios histórico-documentales, arquitectónicos y artísticos llegados hasta hoy.

El primero de los capítulos (pp. 23-44) se centra en una retrospectiva histórica de la hermosa ciudad de Trujillo desde sus orígenes conocidos, su reconquista por los reyes cristianos, su transformación de villa a ciudad, por gracia de los Reyes Católicos y una aproximación a su esplendor arquitectónico y social típico del siglo XVI, cuando la ciudad recibe, como inversión, parte de lo que muchos de sus hijos han ganado en las Indias. La atracción del Nuevo Mundo invitó a emigrar a miles de trujillanos en busca de una vida mejor. El emigrante más famoso fue, sin duda, el célebre Francisco Pizarro, a quien se dedica una buena parte de este capítulo (pp. 37-44) por su relación con la ermita de San Miguel, lugar alrededor del cual está ubicado actualmente el monasterio de las dominicas. Este capítulo está profusamente documentado, como puede verse en las notas de a pie de página.

En el segundo, titulado *La Orden dominicana en Extremadura* (pp. 45-59) se intenta, sobre todo, recordar someramente la presencia boyante de los frailes predicadores en tierras extremeñas desde mediados del siglo XV hasta su desaparición a raíz de las injustas leyes desamortizadoras del siglo XIX español. Recuperar esta historia es un objetivo que ya está en marcha.

El capítulo tercero (pp. 61-131) se centra en la historia propiamente del monasterio: sus orígenes fundacionales, su trayectoria ulterior, la pena a causa de su pobrísimo archivo conventual (que quizá no fue nunca abundante) y que si lo fue lo desbarataron los franceses con su invasión y permanencia en la ciudad de Trujillo durante los años 1809-1813 y los avatares posteriores, que obligaron a las monjas a abandonar su recinto y a vivir bastantes años fuera de él. Esa es la razón por la que los autores se han visto obligados a incluir el epígrafe *Mucha vida pero muy poco historiada* (pp. 70-72). A raíz de mediados del siglo XIX, vueltas ya las monjas a su antiguo cenobio, en el que actualmente se encuentran, éstas comenzarán a poner más cuidado “en apuntar y escribir” algunas de las cosas importantes que fueron ocurriendo en el monasterio. Tampoco es que hayan sido muy prolifas desde esa fecha hasta nuestros días, pero algo es algo, y así hemos podido reconstruir buena parte de la vida intramural del cenobio, relaciones epistolares de las monjas con frailes y Superiores de la Provincia de España, con el Obispo diocesano de Plasencia y su Curia, el deseo continuo de las dominicas por regresar a su antiguo solar, sus sacrificios económicos

por volver hacerlo habitable, su preocupación por mantener vivo el ligamen litúrgico, espiritual y jurídico con la Orden, y casi todos los nombres y apellidos de las religiosas desde el año 1807 hasta la actualidad, con sus lugares de origen, fecha de profesión y de fallecimiento, las religiosas que ocuparon el oficio de priora, y los capellanes o vicarios que las atendieron (cf. pp. 125-131). De todo ello y de algo más se da cuenta en este capítulo.

En el cuarto y último (pp. 133-263) titulado *Arte y teología en el monasterio* se da buena cuenta del “patrimonio artístico” conservado todavía hoy en el monasterio y que nos da una idea del que pudo tener en sus días de esplendor antes de la devastación francesa. En el cuadernillo de fotografías a color (pp. 220-263) se recoge una estupenda muestra de ese depósito de arte, fe, devoción y teología que adornó durante siglos nuestro monasterio y que todavía hoy puede ser objeto de admiración y veneración para quienes lo visiten. Para dar más vida y colorido al libro se ha incluido un DVD en el que se recoge la función religiosa y un reportaje sobre el monasterio, filmado por TVE (Pueblo de Dios) con motivo de la celebración del VIII Centenario de la fundación de las monjas dominicas (1206-2006) por santo Domingo de Guzmán.

La bella ciudad de Trujillo, merecedora de ser ya “Patrimonio de la Humanidad”, puede sentirse orgullosa y honrada de tener todavía en su seno a esta comunidad contemplativa, testigo de tanta historia vivida, de tanta fe demostrada y de tanto arte conservado gracias a las monjas dominicas de este monasterio cinco veces centenario.

José Barrado, OP.